



Del coronavirus al Buen Vivir: una propuesta política para la comunicación en un horizonte anticapitalista

Aura Isabel Mora

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e295>

Del coronavirus al Buen Vivir:

una propuesta política para la comunicación en un horizonte anticapitalista

From coronavirus to Good Living:

a political proposal for communication on an anti-capitalist horizon

Palabras Clave

Buen vivir – Capitalismo – Comunicación - Paradigma

Key words

Good living – Capitalism - Communication - Paradigm

Aura Isabel Mora / auraisabelm1@gmail.com

Orcid número 0000-0002-4996-3604

Educadora Popular y Periodista. Profesora de las Maestrías Comunicación Educación en la Cultura y Maestría de Paz, Desarrollo y Ciudadanía. Directora del Centro de Investigación y Formación Popular CIF. Doctora en Comunicación Universidad de la Plata.

En estas épocas del Covid-19, se han intensificado la crítica y censura al capitalismo y a su matriz de poder blanca y patriarcal y a su modelo neoliberal de acumulación de capital basado en el sistema financiero y de capital especulativo, que tiene como característica convertir a la sociedad y al mundo en un nicho de extracción de recursos de la tierra y de las personas.

Mientras el hombre lleva quizás más o menos 300.000 años en el planeta, el capitalismo lleva poco más de trescientos, muy poco tiempo, pero este lapso ha servido para que entremos no solo en una crisis ambiental, sino además civilizatoria, de tal magnitud que, inclusive, una



pandemia por contagio de un virus se ve como un factor positivo que ayuda a las resistencias políticas frente a la transformación del panorama de destrucción del planeta hacia salidas y soluciones a las catástrofes sociales, culturales, económicas y ambientales que ha dejado esta forma de organizar la vida.

La evidencia de ello es que desde que iniciaron las cuarentenas aparecen animales en el paisaje desolado de los humanos, delfines en Venecia; Canguros en Adelaida, Australia; caimanes en Carolina del Sur, lobos marinos en Mar del Plata, Argentina; leones y perros salvajes en un campo de golf en Sudáfrica y pingüinos en las calles; elefantes y rinocerontes en ciudades de la India, y monos en un hotel de Mumbai; ciervos en calles de Londres y de Japón; pumas en Colorado y en Santiago de Chile; osos pardos en Asturias, España, y en California, y coyotes en San Francisco; nutrias en Singapur; tiburones en las playas de Cancún; y en Colombia: zorros en Bogotá, delfines en las playas de Cartagena y de la Guajira, un tamandúa u oso melero en el Huila, chigüiros en el Valle, además de osos hormigueros, comadrejas y zarigüeyas.

El riesgo de contagio a nivel de pandemia nos obliga y reta a pensar en la delirante confianza que hemos depositado en la propuesta capitalista, que, si bien en algún momento, logró hacernos pensar que el crecimiento económico era generador de mejores condiciones de vida, el modelo extractivista del neoliberalismo dejó atrás postulados tales como el fortalecimiento del estado para invertir en infraestructuras sociales y físicas en nombre del interés general y el fortalecimiento de la promoción de los derechos individuales y de propiedad privada en un ambiente de competencia justa, para entrar a despojar, saquear y expoliar a partir de la expansión geográfica y reorganización espacial con el respaldo del gobierno global, donde están las organizaciones financieras que controlan las economías del mundo con el FMI, el Banco Mundial y la OMC, entre otras, y que favorecen a las potencias del mundo para el saqueo de los recursos naturales, culturales y sociales de las economías más débiles, “caso América Latina en los ochentas, economías enteras que fueron asaltadas y sus activos recuperados por el capital financiero de Estados Unidos” (Harvey, 2004, p. 122), lo cual se consiguió por medio de la implementación de la apertura de fronteras comerciales, un elemento del modelo neoliberal que costó la desaparición de centenares de empresas nacionales de estas economías.



El neoliberalismo, tanto en América, como en la misma Europa, ha dejado con su proceso inestabilidad y crisis por acumulación de riqueza en unos pocos señores capitalistas apoyados por los estados, que, con sus definiciones de derecho y de legalidad, movilizan la propuesta neoliberal. En estos países ha quedado la depredación de recursos ambientales y la naturaleza convertida en mercancía, como el agua, que ha pasado de ser un bien común a una mercancía, estos cambios han sido apoyados en varios países por la privatización dentro de sus legislaciones; otro elemento, que ha dejado desprotegida a la sociedad en los aspectos más vitales, es la privatización de los servicios públicos como la salud y la educación, que han quedado en manos de privados aun en contra de la voluntad popular a la que debe responder el estado, por ultimo este sistema neoliberal ha empoderado cada vez a Estados Unidos en una hegemonía basada en la militarización permanente que, como lo plantea David Harvey, podría amenazar la paz mundial, un ejemplo de ello es que, desde 1900 a la actualidad, Estados Unidos ha estado en conflicto bélico, en uno u otro lugar del mundo, en 67 años de los 120 transcurridos, siendo la más reciente amenaza, la proferida contra Venezuela.

Entonces, con la expansión del Covid-19, surge una pregunta al respecto: ¿el poder de la pandemia debilitará o fortalecerá el sistema?

El sistema neoliberal extractivista se alimenta de cuerpos, se reproduce y expande, descomponiendo el sistema humano y ambiental, y ya ha logrado el desequilibrio en muchos territorios, no pudiendo ocultar más sus verdaderas intenciones. La confrontación entre el virus y el sistema económico parece darse en franca lid, mientras el virus vive expandiéndose en los cuerpos, causando enfermedad e impidiendo el desenvolvimiento del mercado y la extracción; el extractivismo neoliberal trata de resistir creando políticas en contra de la cuarentena y del aislamiento para no morir y aprovechando algunas de las necesidades creadas que se agigantan con el confinamiento, hasta ahora, esta confrontación parece demostrar que el sistema económico es frágil, tanto que no pudiera aguantar dos o tres meses de pare, en los que ya se le ve hacer agua, y si la pandemia dura un año a dos, acabaría ganando, cumpliendo así el sueño de los proyectos políticos y movimientos sociales que han anhelado el fin de este sistema opresor, desigual y especulativo, ¿será?.

Una vez que la Organización Mundial de la Salud declarara la pandemia y anunciara al mundo la legitimidad de las declaraciones de estado de excepción por esa causa, no se tardó mucho en que los países tomaran medidas sobre las libertades civiles y unas de las primeras medidas



fueron el aislamiento individual, el confinamiento en las casas y el distanciamiento social, que restringieron la movilidad personal, los mayores de 70 años, de un día para otro, se vieron atrapados en sus casas. Estas medidas llevaron, por ejemplo, en la educación, a convertir la sala, el comedor o el dormitorio, espacios íntimos, en partes del salón de clase y a los espacios físicos de las instituciones en aulas virtuales. Ya lo social, pareciera, no invade la intimidad, sino que al contrario, que la intimidad cada vez más entra al espacio de lo público, se han vuelto virales los videos de profesores y teletrabajadores en los que sus parejas sin querer pasan en ropa interior, o peor aún, sin ella, en plena clase virtual o teleconferencia.

Por otro lado, lo que ha demostrado la pandemia es la fragilidad e ineficiencia de los sistemas de salud, hoy privatizados, además de las de los sistemas de seguridad y bienestar social. Miles de trabajadores informales, desempleados y desposeídos obviamente no pueden acomodarse a las restricciones de la cuarentena. En los barrios de la periferia bogotana, las protestas por falta de alimento e imposibilidad de adquirirlo han sido controladas por medio de policía antidisturbios. Lo que se puede ver es que esta crisis no es sanitaria, sino política, pero por que no se tiene, por parte del estado y de quienes lo manejan, los sistemas sanitarios adecuados.

Definitivamente este sistema capitalista, con su modelo neoliberal, se altera con la contundencia de la vida, Si los humanos queremos seguir habitando el Planeta Tierra, es necesario pensar nuevas formas de organización de la vida, tal vez como lo están enseñando los pueblos originarios, basados en la simplicidad de existir, respetando la vida y la dignidad humana y de las demás especies, lo que implica transformaciones culturales, cambiar el sentido de nuestros deseos y entablar otras formas de comunicación con el entorno.

Transformaciones culturales en los poshumanos

Una transformación cultural significa “un cambio de chip”, como dicen los nativos digitales. En un contexto de pandemia y de riesgo de contagio, los cambios deben ser en varios aspectos, el primero es dejar de ver el coronavirus como si fuera un enemigo, como si estuviéramos en una guerra, por la perspectiva antropocéntrica de la vida, como dice el profesor Carlos Maldonado, de la Universidad del Bosque, “no es que en el Planeta Tierra haya vida, sino que el planeta está vivo y los humanos pertenecemos a él” (2020), por eso, en la existencia de los humanos, están presentes los virus, las bacterias, las plantas y los demás animales, los humanos no



podrán existir si no estuvieran todos estos organismos. Se debe ver al virus como un organismo que coexiste con nosotros y al cual se le debe dar su distancia y respeto. En la columna de David Cayle (2020) dedicada a reflexionar sobre la pandemia, se pregunta si ¿es el esfuerzo por contener y limitar el daño del virus, la única opción que tenemos?, ¿puede ser un esfuerzo desastroso tratar de controlar lo que obviamente es incontrolable?

El segundo aspecto es retomar lo que la medicina y la higienización han y excluido de la sanación. La medicina convirtió a la sanación en clínica, es decir, en diagnósticos, medicamentos y cirugías, convirtiendo al sujeto en un objeto de experimentación, y sacó de esa sanación a la historia, al consejo y al acompañamiento, pasó del arte médico a la ciencia médica y, en ese tránsito, los saberes de la sanación son menospreciados hasta el punto de ser reemplazados por completo por los tratamientos farmacéuticos. Iván Illich, citado por Cayle, plantea que la ciencia médica nos quitó la capacidad de vivir el sufrimiento y fue sustituido por la expectativa de que todo sufrimiento puede ser evitado, el sufrir las dolencias del cuerpo constituye en un error técnico y no una experiencia humana general y se transformó la muerte, que era un acto íntimo del que cada cual podía hacerse cargo, en el fracaso sin sentido de un tratamiento médico. Paradójicamente, plantea Illich, que la sociedad tiene una excesiva atención sobre el bienestar de nuestros cuerpos, lleva a la persona a tener una enorme conciencia del riesgo y así nos convertimos en sujetos del pánico, y al pensar en adquirir una u otra enfermedad, perdemos nuestra humanidad, nos convertimos en poshumanos, “las personas dejan de ser personas para convertirse en pre enfermos” (Cayle, 2020), podemos adquirir cualquier enfermedad, pero, en lugar de tomarlo como una experiencia de la vida, nos convertimos en una estadística regulada por el sistema hegemónico que supone que tenemos el control sobre la muerte.

Las personas dejan de ser personas para convertirse en poblaciones, productos de la economía. Es, entonces, donde aparecen las normas que laxan la cuarentena, so pretexto de “*aislamiento inteligente*”, para que los empresarios puedan seguir produciendo y los trabajadores tengan que exponerse (seguir trabajando), como el caso en Colombia, que todos los trabajadores de los sectores de la construcción y de las manufacturas deben salir a trabajar, para lo cual no se considera el aumento del riesgo de propagación del contagio.

Un tercer aspecto del cambio es la mutación del pensamiento capitalista depredador en nuevas formas de relacionarnos, con maneras distintas de producir la economía; no a escala global,



sino a una mucho más pequeña, sin una concentración de riqueza en unos pocos, con nuevos acuerdos sociales que implican reciprocidades, ayuda mutua, hermanamiento y trabajo comunitario alrededor de la producción de alimentos en casa, prácticas que nuestros ancestros han llamado milpa, minga o tonga, entre otros nombres; esto implica distanciarnos un poco de la vida que teníamos antes del virus: acumulación considerada como éxito social, consumismo y rezagos de prácticas coloniales, como el racismo y la exclusión.

Pasar al Buen Vivir

Pensar la vida fuera del paradigma capitalista implica soñarse nuevas posibilidades de ser feliz, una de las cuestiones más frecuentes de la humanidad, y darse la posibilidad de generar una nueva racionalidad (no capitalista) inclinada a que todos, y no unos pocos, tengan una vida bella y buena, lo que implica, a su vez, un soporte ético, social y cultural de las formas de comunicarnos y de convivir, que es un sentido profundamente político de la comunicación.

Entrar en los buenos vivires implica salir de dos paradigmas que no han logrado la armonía de la vida. Por un lado, el paradigma capitalista, radicalmente individualista, que busca una vida mejor en un contexto de competición, consumo y acumulación, y por el otro, el comunista, que busca el bienestar del humano dejando de lado los deseos y expectativas personales de cada quien, y ambos dejan por fuera de ese bienestar a las demás especies, estas son dos miradas antropocéntricas del mundo, del universo y del cosmos, que no permiten el desarrollo de la vida armónica con las otras especies no humanas (Mora, 2020, p. 34. La perspectiva de los buenos vivires puede ser el establecimiento de un paradigma no capitalista.

El virus nos da una lección de vida donde más nos duele, que es la humanidad misma, al convertir, en peligro, al contacto humano. El afecto, que nos permite estar juntos y despliega nuestra potencia, es un concepto de comunicación que no comprendemos, porque hemos perdido las formas de cuidarnos a nosotros mismos y cuidar a los demás. Los elementos de este nuevo paradigma comprenderían el respeto por las cosmovisiones, filosofías, espiritualidades y formas de vivir de cada población y comunidad, y la visión de la sanación y muerte, no para excluir la medicina, sino para hacer un dialogo de saberes y retornar al arte de la medicina, es decir, la posibilidad de un pluriverso, como lo han postulado los Zapatistas desde la Selva Lacandona, un mundo donde quepan muchos mundos, un mundo donde quepan muchas formas de sanar y de cuidar. Sin querer entrar en el deber ser, pero sí dando



pistas para los problemas estratégicos de la sociedad de hoy, la perspectiva del Buen Vivir nos hace varias sugerencias que pueden ser retomadas.

El primer elemento del Buen Vivir andino es su carácter de producción colectiva de la vida, donde su centro es el *ayllu*¹ (comunidad o pueblo) y su base es lo comunitario. Los ayllus son percibidos como “lugares del bienestar de la comunidad, lugares de felicidad, ya que es donde se produce la comida, se crían los hijos, se vive con los demás y todo ello está conectado con la Madre Tierra, allí se cría la vida en sentido amplio, no es gerenciar, sino cuidar”, conforme lo explicó Elisa Vega Sillo, en una entrevista, realizada el 20 junio de 2018, en La Paz, Bolivia.

A nuestros barrios y ciudades les falta precisamente ser lugares de bienestar y felicidad, basta ver que la mayoría de ciudades de América no están pensadas para los niños ni para los ancianos. Una propuesta real es bajar los niveles de concentración de las ciudades, reorganizarnos en localidades con menores poblaciones, pensadas en lugares de felicidad para todas y todos. De las cosas fundamentales que tienen los ayllus son la producción de comida, que nosotros llamaríamos orgánica o sin plaguicidas, de la misma manera en que se debería pensar en una agricultura familiar. En los ayllus, cada comunidad se dedica a cosas específicas, unas comunidades se dedican a la medicina, otras a los alimentos que se cultivan, otras a la producción de carnes, y hacen un intercambio entre ellos, lo que para nosotros sería mercado interno, producir para comer, sin el interés de acumular excedentes para concentrar dinero.

En los ayllus se transmiten los saberes de generación en generación. Elisa Vega Sillo, durante el desarrollo de su investigación *Revaloración de los saberes y conocimientos ancestrales de la Nación Kallawayá*, entrevistó a diez autoridades medicinales (los llamados “curanderos”) y encontró que casi todos aprendieron el oficio de sus padres y de sus abuelos, y que su proceso de formación tardó más de quince años, tiempo de aprendizaje mucho mayor que el de un médico occidental. La transmisión de los conocimientos de los empíricos médicos de los

¹ En el periodo preincaico, los ayllus eran grupos de población que conformaban los habitantes de la zona andina de Suramérica, ubicados en distintos ambientes, como costas, selvas, altiplano. Cada poblado unía sus habitantes por vínculos familiares, los ayllus se autoabastecían y el excedente lo enviaban a otros ayllus. Estos constituían un sistema de cooperación, reciprocidad y solidaridad, pues los que recibían estos productos a su vez enviaban sus propios excedentes de producción. (Véase: <https://deconceptos.com/ciencias-sociales/ayllu>).



kallawaya se realiza a través de visitas a los pacientes; el aprendiz sigue al maestro como ayudante, aprende a conocer las plantas y a utilizarlas y, sobre todo, a relacionarse con el paciente según la experiencia del maestro. Algunas de las evidencias recopiladas por Elisa con médicos y autoridades en medicina de su comunidad dan cuenta del proceso de formación: *“Mi papá es el que me ha enseñado, yo le seguía cuando tenía que curar algún enfermo, yo miraba como preparaba sus medicinas, cómo curaba”*; *“Le ayudaba a mi abuelo, él era también kallawaya, él me ha enseñado, yo era joven no más cuando he aprendido”* (Vega Sillo, 2017, p. 60): manifestaciones donde se aprecia el traspaso del conocimiento; *“Nuestros abuelos siempre sabían, ellos trataban con hierbas medicinales, por eso, ahora, por ese mismo camino estoy yendo”*; *“Mi padre viajaba a los yungas y al lado del norte, allí había enfermos, yo sé acompañar a mi papa y, así, le ayudaba y él también me enseñaba... desde hace diez años, más o menos, yo he empezado a practicar”* (2017), donde se aprecia el método y la duración de la adquisición del conocimiento.

Los procesos de formación de los médicos sabedores se hacen a largo plazo. La primera etapa dura de diez a quince años, siempre en compañía del padre o del abuelo; luego siguen solos, en un proceso que se podría llamar de especialidad en enfermedades con sus respectivas curas. Lo cual significaría volver a pensar la medicina sin separarla de la sanación, entender que la enfermedad es una situación que tienen que ver con la familia, con la comunidad, testimoniar, aconsejar y acompañar los procesos de enfermedad y no convertir al paciente en una estadística o en el nombre de una patología.

Es necesario tomar decisiones, tal vez decisiones que no nos gusten, porque implican cambiar hábitos del cuerpo, hábitos menos consumistas, ¿o seguiremos con el mismo nivel de consumo y contaminación con el que venimos? o ¿seguirá siendo el paradigma radical individualista del capitalismo la forma de habitar hegemónica? Aquellos que deseamos un mundo donde quepan muchos mundos, es decir, una organización de la vida desde el pluriverso, vemos con esperanza la posibilidad de retarnos a producir un mundo donde tendríamos que aprender desde otras perspectivas de organización de la vida, menos depredadoras y más solidarias con el universo (Mora, 2020, p.36).

Si pensamos en nuestro buen convivir, cambia el sentido de ocupar un espacio físico con el cuerpo, se trata de comprender y sentir un conjunto de relaciones que se dan en un espacio concreto y del cosmos en su totalidad, se trata, entonces, de aprender a convivir (vivir en



compañía de otros), “que significa el acto de cuidar y criar la vida como algo que hacemos entre todos y para todos con la familia humana y con la familia cósmica”, como explica Atawallpa Ovideo Freire en entrevista del 2 de julio de 2018, en Quito, Ecuador, el convivir se vuelve un acto sagrado (Ovideo Freire, 2016) y el *sumak kawsay* (buen vivir, vivir bien) es precisamente el convivir armónico, que es la fuerza, energía, poder, inteligencia, conciencia de toda *cosmunidad* en su conjunto.

El *sumak kawsay* tiene una dimensión sagrada y cósmica, que implica la capacidad de los seres humanos para crear una sociedad, un sistema y una cultura que producen el multiverso a escala humana; es el talento de cómo responder a la vida como hijos respetuosos del cosmos y de la Tierra. Por lo que el *sumak kawsay* es el *cosmoconocimiento* de la vida o, más bien, la vida consciente o conciencia de la vida o crianza de la vida; o la vida querida, la vida sabrosa, la vida dulce, que es el buen convivir, es la vida en comunidad, en colectivo, en comunalidad. Ello implica un trabajo complejo que está vinculado directamente con la vida comunitaria, con una vida austera, como la del pueblo de la Nación Kallawaya, donde la utilización de las especies no humanas y de los elementos espirituales es solamente para el consumo necesario, sin desechos ni desperdicios, pues lo que se busca en este buen convivir es el equilibrio del cosmos.

El coronavirus nos comunica algo muy importante: que la vida nos provee, la vida de los huertos, de la fiesta, de la solidaridad, o sea la vida recíproca; que es necesario replantear nuestras prioridades, que no pueden seguir siendo el endeudamiento de nuestra economía y el enriquecimiento y fortalecimiento del sistema financiero, que extrae sin cesar y sin dar nada a cambio. Para lo cual, necesitamos, más que nunca, humanizarnos en estos tiempos de deshumanización. En tal sentido, la propuesta del nuevo paradigma, el del convivir en armonía de los pueblos andinos, es un horizonte político, un horizonte que nos sirve a todos para pensar que otras prácticas son posibles; pero que, ahora, es un microscópico ser, mucho menor que la más pequeña de las bacterias, el que nos pone a pensar y reflexionar en él.

Para concluir, es necesario mencionar, de nuevo, que este paradigma no capitalista proviene de los pueblos originarios. En este caso, se desarrolla con base en el ejemplo de la Nación Kallawaya. Este paradigma no tiene que ser como un modelo a seguir, sino como un caso que ofrece pistas para pensarnos la vida social, las alternativas y las transiciones al capitalismo (Mora, 2020, 46), en este caso, después del coronavirus. Arturo Escobar (2019) plantea que



“otro posible es posible”, para referirse a que otro mundo diferente (otro posible) tiene una posibilidad real de ser (es posible). Para ello no hay fórmulas ni modelos, hay pistas de pueblos y comunidades que han mantenido y mantienen relaciones más armónicas con la naturaleza y con el cosmos, que aquellas que hemos conocido quienes nacimos en esta matriz de poder blanca, patriarcal y capitalista.

Bibliografía

Caley, David. (2020) *Preguntas sobre la pandemia actual desde el punto de vista de Iván Illich*. Recuperado de: <http://unitierraoax.org/preguntas-sobre-la-pandemia-actual-desde-el-punto-de-vida-de-ivan-illich-de-david-cayley/>, el 14 de abril. México.

Escobar, Arturo. (2019). *Otro posible es posible: caminando hacia las transiciones desde Abya Yala/afro/latino-América*. Desde Abajo.

Harvey, David. (2005) *El nuevo Imperialismo: acumulación por disposición*. CLACSO. Buenos Aires, Argentina.

Mora, Aura Isabel (2020) *Buenos Vivires y Transiciones: La vida, dulce, la vida bella, la vida querida, la vida sabrosa, la vida buena, la vida en plenitud*. Uniminuto. Bogotá, Colombia.

Mora, Aura Isabel. (2016) *Vivir Bien/Buen Vivir con los otros*. En: Comunicación Educación en la cultura para América Latina, desafíos y nuevas comprensiones. Uniminuto. Bogotá, Colombia.

Oviedo Freire, Atawallpa. (2014). *Sumak kawsay / cultura de la vida: más allá del socialismo y del capitalismo, camino alternativo al desarrollo*. Sumak Editores